

Comprendiendo los jefes de la conspiración que ante todo era preciso no dejar que el pueblo se calmase, aceptando la amnistía ofrecida por el nuevo Ministerio, se resolvieron á obrar, y así fué que Esteban Aragón, Flocon y otros redactores de *La Reforma* reunieron á toda prisa una masa de hombres armados y marcharon á atacar el cuerpo de guardia del Chateau d'Eau.

Heroico fué el sitio que sostuvieron los cincuenta guardias municipales que le defendían, y á no haber sido por la ingeniosa crueldad de los pilletes de París que idearon asarlos en su fortaleza, no hubiera bastado una hora para su rendición, que tampoco habrían conseguido, pues prefirieron morir abrasados.

Mientras, la multitud había aumentado considerablemente en las calles inmediatas; algunos malvados propusieron invadir el Palacio Real que se hallaba muy mal custodiado y que ni siquiera fué defendido, siendo aquellas palabras acogidas con aclamaciones de la multitud.

En pocos momentos fué invadido el edificio: muebles, espejos, libros, estatuas, cuadros, todo fué roto y arrojado por las ventanas y quemado en los patios entre feroces alaridos.

La fiebre de la destrucción se había apoderado del pueblo, y oyóse el grito de ¡á las Tullerías! al tiempo que una segunda columna de insurrectos acaudillada por Lagrange, Thoré y Sobrier, arrastraba en sus filas á un batallón de la guardia nacional que no se atrevía á resistir abiertamente á la violencia que se le hacía, pero que iba desbandándose conforme se acercaba á las Tullerías.

La confusión y el terror reinaban en palacio; el tiroteo de la plaza del Palacio Real, los gritos del pueblo en la calle de la Echelle, la vista del uniforme de la guardia nacional entre las blusas de los sublevados, las fatales noticias que de todas partes llegaban, acababan de amilanar á cuantos rodeaban al Rey.

No se sabía qué partido tomar, y retrocedíase ante las enérgicas medidas, cuya responsabilidad todos rechazaban; Emilio de Girardin propuso la abdicación de Luis Felipe en favor del conde de París, formándose en seguida un partido de la regencia entre los hombres de Estado que se disputaban la agonía de la monarquía, y manifestóse tan vivamente al Rey la necesidad de abdicar para salvar su corona, que escribió aquel solemne documento sin saber con precisión lo que estaba haciendo.

La Reina y las princesas acudieron anegadas en llanto: «¡Señor, montad á caballo! exclamó la Reina con desesperación; ¡hacedos matar, pero mo-

rid como Rey!» Luis Felipe escuchaba las vociferaciones de la multitud invadiendo el Carrousel.

Lagrange leía al pueblo la abdicación, cuando entró alguien en el gabinete del Rey, gritando: «¡Señor, partid; aquí está el pueblo!»

Presentóse luego un diputado de la izquierda, el abogado Cremieux, conjurando al Rey para que no esperase á la turba invasora, y Luis Felipe se preparó sin replicar para la triste partida, á la que tampoco se opusieron sus dos hijos, los duques de Nemours y de Montpensier, que habían contribuido como los demás á su abdicación.

El Rey, vestido de paisano y sin sombrero, dió el brazo á la Reina, atravesó el jardín de las Tullerías, acompañado de las princesas, llevando de la mano á sus hijos, llegó á la plaza de la Concordia, donde ni siquiera halló su coche, debiendo subir al de un diputado, y partió escoltado por un destacamento de coraceros y de guardias nacionales, sin esperar un segundo coche al que había subido la duquesa de Nemours y los niños.

Fué tal la precipitación de aquella fuga, que una de las princesas, separada de su familia, quedó olvidada y perdida entre la multitud que asistía en silencio á la marcha del Rey, reuniéndose al fin con su cuñada la duquesa de Montpensier, y dividiendo con ella la hospitalidad que les ofreció un adicto realista.

Luego que el Rey estuvo en seguridad, la tropa, que llenaba la plaza del Carrousel, se retiró al mueble y al jardín de las Tullerías, mientras que la división que mandaba el general Bedeau en la plaza de la Concordia, había levantado la culata de los fusiles, y fraternizaba con el pueblo á consecuencia de una orden falsa ó de un deplorable error.

La guardia nacional había desaparecido; el ejército no obedecía ya á sus jefes, y el pueblo reinaba como soberano.

La duquesa de Orleans, que había permanecido con sus dos hijos en las Tullerías, fué acompañada junto con ellos á la Cámara de Diputados, donde Dupin mayor, Cremieux y otros diputados le prometían hacer aclamar la regencia.

Los duques de Nemours y Montpensier marchaban á su lado, y en tanto que el palacio, abandonado como una presa á las hordas populares que sin cesar se renovaban, veía destruído por el saqueo y la devastación, las huellas de la monarquía, la duquesa y sus hijos eran introducidos en la sala de sesiones donde los diputados, turbados é indecisos, deploraban las irreparables desgracias que habían provocado.

Los gritos de ¡viva el Rey! ¡viva el conde de París! ¡viva la regente! parecían inaugurar la regencia que Dupin acababa de sentar en principio; pero ciertas dilaciones de forma no dieron tiempo á la Asamblea para aclamar al nuevo Rey: Manuel Aragón, al frente de los republicanos más ardientes, había penetrado en la Cámara, y el pueblo se precipitó en pos de él.

La sala quedó invadida, sin que por esto se interrumpiera la deliberación, mas hízose salir á la duquesa de Orleans, á sus hijos y á los príncipes, contra los cuales se dirigían ya los cañones de varios fusiles.

El diputado Marle pidió la constitución de un gobierno provisional, y Odilon Barrot, Cremieux y Dupin intentaron en vano defender la regencia. «¡Fuera regencia! ¡el rey queda depuesto!» gritaron en la tribuna, y poco después el grito de ¡Viva la República! hirió de estupor á los diputados dinásticos.

Ledru-Rollin descargó el golpe de gracia á la monarquía de Julio con su ardor y audacia catilina; Lamartine con sus torrentes de elocuencia arrastró á su indisciplinario auditorio y alcanzó el nombramiento de un gobierno provisional.

El presidente Saucet había desaparecido sin levantar la sesión, y ocupó su puesto Dupont de L'Eure el antiguo jefe del partido liberal.

La sala estaba llena de hombres armados y deslumbrante de fusiles y banderas, y entre aplausos y murmullos propusieron los nombres de siete diputados que debían componer el Gobierno provisional: Dupont de L'Eure, Francisco Aragón, Ledru-Rollin, Lamartine, Cremieux, Marie y Garnier-Pagés.

¡A la Casa Consistorial! ¡viva la República! repetíase á grandes voces, y esto en el momento en que León de Maleville y Garnier Pagés acababan de establecer en el Hôtel-de-Ville un gobierno en nombre de la Regencia y en que se discutían y formaban dos gobiernos provisionales, el uno en *El Nacional* y el otro en *La Reforma*.

El primero había limitado á incluir el nombre de Marrast á la lista proclamada en la Cámara de Diputados, y el segundo había reemplazado algunos, en cuyo lugar escribía los nombres de Flocon, Albert y Luis Blanc.

En todas aquellas candidaturas, el partido bonapartista no tenía ninguna representación; pero el general Piat se había dirigido á las Casas Consistoriales con el propósito de tantear el terreno y abogar, si era preciso, por el sobrino del Emperador,

haciendo lo propio el marqués de Larochejaquelein con referencia á Enrique V.

Todos esos partidos, todos esos gobiernos provisionales, todas esas ambiciones é intrigas chocaron á la vez, y la lucha que se trabó entre ellos fué terrible y prolongada. Sin embargo, la ventaja del número y de la costumbre de la audacia en casos semejantes, acabaron por dar el triunfo á los republicanos, que operaron una especie de fusión entre las diversas candidaturas.

Marrast, Flocon, Luis Blanc y Albert, aceptados como secretarios por los miembros elegidos en la Cámara de Diputados, en breve se erigieron en colegas de éstos, atribuyéndose oficialmente el mismo título.

León de Maleville, que no quería autorizar los actos de un Gobierno que no reconocía la regencia, se había retirado; el general Piat habíase dado cuenta de que entre los combatientes de Febrero no era por cierto el elemento bonapartista el que entre ellos existía, y la República, á pesar de no estar proclamada todavía, había tomado ya posesión del Hôtel-de-Ville.

Queriendo atender ante todo á las más urgentes necesidades de la administración pública, el Gobierno provisional nombró ministros interinos, repartiendo entre sus miembros las carteras: á Lamartine, tocóle la de Negocios extranjeros; á Ledru-Rollin, la del Interior; á Cremieux, la de Justicia; á Francisco Aragón, la de Marina; á Marie, la de Obras Públicas, y quedando Dupont de L'Eure como Presidente del Consejo, sin cartera.

La influencia de *El Nacional*, que se dejaba conocer ya en la Comisión provisional, se reveló mucho más todavía en el nombramiento de los demás ministros y en el de sus principales agentes: el departamento de Hacienda fué confiado al banquero Gand Maux; el de Comercio, al abogado Bethmont; el de Instrucción Pública y de Cultos, al hijo de Carnot; el general Cavaignac fué nombrado gobernador general de Argelia; el general Cuartain, jefe de la guardia nacional del Sena; Guinard, jefe de Estado Mayor; Garnier-Pagés, alcalde de París, Recurt segundo alcalde, y Flotard, secretario general en la Alcaldía.

Aun cuando el periódico *La Reforma* fué el que tuvo una parte más activa y más directa en la victoria popular, sólo consiguió dos de los grandes empleos para sus redactores, ó por mejor decir, que ellos mismos hicieron suyos, habiéndose instalado Esteban Aragón en Correos, y Caussidiere y su amigo Sobrier en la Prefectura de policía.



Thoré pidió por única recompensa á los esfuerzos hechos para salvar el Louvre, que los museos reales fuesen reunidos al ministerio del Interior y que se decretase una exposición de pintura al día siguiente de la toma de las Tullerías, que los socialistas habían convertido ya en Palacio de los Inválidos civiles.

El antagonismo rencoroso y vengativo que en el estadio de la prensa existía entre los redactores de *La Reforma* y *El Nacional*, continuaba subsistente en el Gobierno provisional.

Aun cuando la revolución estaba hecha, no se sabía todavía si la Francia sería monárquica ó republicana, puesto que aquella no había desplegado aún su lema.

Sabíase en París la toma de las Tullerías, la abdicación y fuga del Rey, la creación de un Gobierno provisional, pero lo que sucedería se ignoraba, pues aquella conspiración que había conseguido su triunfo por medio de un golpe de mano tan inesperado, no había aún nombrado ni á sus autores ni á sus actores.

Los curiosos que atestaban las calles, plazas y boulevards, circulaban azorados por entre las barricadas más provistas de defensores que por la mañana y en las cuales flotaba alguna bandera roja. Los restos del trono, entregado á las llamas en la plaza de la Bastilla, habían sido arrastrados por las calles. Los soldados, guardias nacionales y operarios, fuesen armados ó no, fraternizaban al grito de ¡viva la República! grito extraño y terrible para el mayor número y que principalmente resonaba por los alrededores de las Casas Consistoriales, donde se hallaba reunido el Gobierno provisional.

El pueblo, que había invadido el interior del edificio, lo recorría en todos sentidos, ofreciendo la imagen del más infernal desorden: los gritos, el estrépito de las picas y de los fusiles al resonar en las baldosas, acompañaban los ásperos y violentos debates de los miembros de la Comisión del Gobierno, dominada, oprimida por los jefes de la conjuración y del combate.

La mayoría de la Comisión había resuelto «consultar á los ciudadanos acerca de la forma definitiva de gobierno que debía proclamar la soberanía nacional», mas Ledru-Rollin se negaba á firmar semejante manifiesto, que parecía poner en duda la República; Flocon, Luis Blanc y Albert se mostraban dispuestos á dirigir un llamamiento al pueblo y á proclamar solos la República, de acuerdo con los republicanos, que eran dueños de la Casa Consistorial; Lamartine, Garnier-Pagés, Marie y Du-

pont de L'Eure, resistieron cuanto les fué posible, acabando por ceder por grados, y se pronunciaron al día siguiente en favor de la República, diciendo en una proclama que fué recibida con alguna desconfianza por los habitantes de la capital: «El Gobierno provisional quiere la República, con tal que sea esta forma de gobierno ratificada por el pueblo.»

Los decretos se expedían al principio en nombre del pueblo francés, y dos días después eran encabezados con estas palabras: *República Francesa*, con la división sacramental de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Los miembros del Gobierno provisional salieron por primera vez de las Casas Consistoriales, en 27 de Febrero, para proclamar solemnemente la República en la plaza de la Bastilla, al pie de la columna de Julio, asistiendo á la ceremonia los cuerpos constituidos, la guardia nacional, los operarios, las corporaciones con banderas y emblemas.

Jamás gobierno alguno había sido tan pronto y con tanta solidez establecido: de todos los puntos de Francia llegaban adhesiones á la República; Consejos municipales, guardia nacional, tribunales, se mostraban unánimes en su entusiasmo, y en aquel concierto de aclamaciones, no hubo una sola voz que se elevara en defensa de los diez y siete años de reinado de Luis Felipe.

Los cortesanos, los satisfechos de aquel largo reinado de egoísmo, lo habían ya olvidado, y sin embargo, su infeliz Rey, que había esparcido la noticia de su muerte á fin de asegurar mejor su fuga, acababa apenas (26 de Febrero) de entrar disfrazado en un buque inglés que le condujo á Inglaterra junto con la Reina, mientras que su familia, dispersada en el acto de partir, vagaba ó se ocultaba en el territorio de Francia á través de mil peligros antes de poderse reunir en el destierro.

Entonces se comprendió la falsedad de las bases del trono de Julio, la traición ó ceguera de los hombres que lo sostenían, quienes se apresuraron á ofrecer sus servicios al nuevo Gobierno con un cinismo que ni turbación les causaba, dominados por la exclusiva idea de conservar sus rentas y posiciones.

Los republicanos, los que tanto habían maldecido la codicia y la corrupción del pasado régimen, parecieron olvidar sus invectivas para mostrarse tan ávidos, tan desleales como los hombres cuyos empleos usurpaban, sin ser en su mayor parte capaces de reemplazarlos.

La deletérea influencia de los intereses materia-

les, ídolos de la monarquía de 1830, habían emponzoñado las almas, y hubiera parecido ridícula la virtud republicana; al ver la conducta de los republicanos que se disputaban sin pudor los despojos de los realistas, dudóse de la República, é hicieronse aquéllos hostiles y amenazadores desde el momento en que se pretendió usurparles su parte en el presupuesto.

Los empleados destituidos fueron los primeros enemigos del nuevo Gobierno, y la general alegría que acogiera la proclamación de la República, no tardó en trocarse en tristeza, en inquietudes y en terrores.

Los recuerdos del año 93 aparecieron como horribles fantasmas al ver reproducirse los tumultuosos paseos del pueblo por las calles de París, los cantos y los gritos revolucionarios, los clubs y los periódicos anárquicos, los árboles de la libertad y la bandera roja.

Esta había sido desplegada desde el 24 de Febrero por una reducida facción, que representaba una nueva Junta de Salvación pública, y que reconocía por jefe al inflexible Blanqui, salido apenas de los calabozos, donde había pasado parte de su juventud; aquella facción se presentó armada en las Casas Consistoriales para imponer al Gobierno provisional la adopción de su divisa. «¡La bandera roja! — exclamó Lamartine entre los fusiles que se dirigían contra él; jamás será por mí aceptada: ¿y sabéis por qué? Porque la bandera tricolor ha

los recuerdos del año 93 aparecieron como horribles fantasmas al ver reproducirse los tumultuosos paseos del pueblo por las calles de París, los cantos y los gritos revolucionarios, los clubs y los periódicos anárquicos, los árboles de la libertad y la bandera roja.



M. GUIZOT

dado la vuelta al mundo con la República y el Imperio, con nuestras libertades y nuestras glorias, al paso que la bandera roja sólo ha dado la vuelta al campo de Marte, arrastrada por entre la sangre del pueblo.»

Este hermoso rasgo de oratoria convenció á los asistentes, y se conservó la bandera tricolor con la divisa de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, «tres palabras que explican el sentido más lato que puede darse á las doctrinas democráticas, de que es símbolo aquella bandera».

La victoria del pabellón tricolor no tranquilizó á los medrosos; en vano el Gobierno provisional se esforzaba en probar con sus decretos, con sus proclamas, y con sus cotidianos discursos, que la República de Febrero no tenía analogía alguna con la República de Marat y de Robespierre; en vano abolía la pena de muerte por delitos políticos, para manifestar que la guillotina había desapare-

cido para siempre; algunos de sus actos, por lógicos y prudentes que fuesen, lastimaron convicciones, sentimientos é intereses; la abolición de la nobleza, el curso forzoso de los billetes de Banco, la anunciada venta de los palacios reales y de los diamantes de la corona, el singular uniforme de los guardias republicanos, de los *montañeses* de Caussidiere y de los *hombres* de Sobrier; mil hechos insignificantes y excéntricos, mil detalles de aquel singular drama revolucionario, entibiaron, irritaron y asustaron á la población pacífica de la capital.

Veíanse crecer cada día las oleadas de la miseria; cada día se oía rugir á lo lejos la tempestad popular; y en tanto, el Gobierno provisional era ya presa de disensiones profundas que revelaban la presencia de muchos partidos inconciliables.

El gran nombre, la popularidad y la elocuencia de Lamartine sólo lograban absorber á sus colegas